

144-1-2

PSICO-PATOLOGIA DE LA VOLUNTAD (1)



PRIMERA CLASE

SUMARIO

1. Características del fenómeno psíquico.
 2. Diferencias entre acto reflejo — instintivo y voluntario.
 3. Teorías de la voluntad.
 4. La voluntad depende de la cito-arquitectura cerebral, y del sistema endócrino, y del acontecer de los hechos que condicionan la vida.
 5. Instrumento cerebral de la voluntad: la corteza cerebral — la zona rolándica.
 6. Hegemonía del hemisferio izquierdo para la eupraxia, — para probarlo el ejemplo de la apraxia unilateral izquierda.
- CONCLUSIÓN: La anulación de la vida afectiva lleva a la disolución de la voluntad.

“es para mí un signo de fuerza de voluntad — cuando un hombre o un chico se sabe divertir solo, — y, en cambio, el aburrimiento que señalan las personas aisladas no es corrientemente más que un signo de esta debilidad de la voluntad”.

PIERRE JANET

EL fenómeno psíquico lo concebimos integrado por dos partes, que no son dos mitades — una *intelectual*, que es parcial, de carácter centrípeto y otra *afectiva*, que es global, y de origen también centrípeto. El *proceso voluntario*, es parcial, pero de dirección siempre centrífuga.

(1) Estos apuntes sirvieron de guía para dictar las clases que, para optar al cargo de Profesor adjunto de Psicología Experimental y Fisiológica, desarrollé durante los meses de Setiembre-Octubre de 1938.

La voluntad es una dependencia de la afectividad.
(Brentano).

Sin afectividad no hay voluntad.

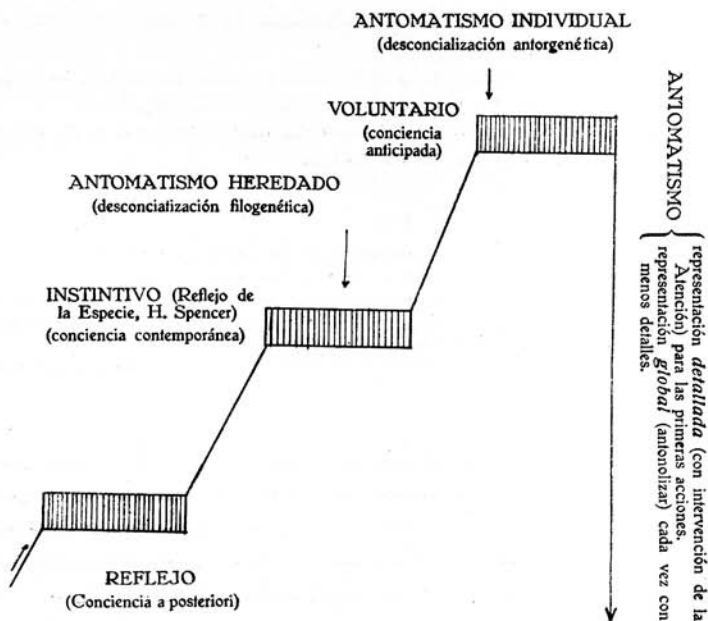
Los actos voluntarios, se cumplen con la previsión de un fin determinado — lo que implica una *conciencia anticipada*, y utilizando medios necesarios para alcanzarlos, empleando para ello un aparato motor de carácter centrífugo.

La previsión del acto voluntario es sólo probabilidad.

DIFERENCIAS ENTRE ACTOS TODOS CENTRÍFUGOS

Reflejo	} Una misma característica biológica — son todos centrífugos	} en relación con la <i>conciencia intelectual</i> que le acompaña.
Instintivo		
Voluntario		

Diferencia psicológica — con respecto a conciencia intelectual:



El acto voluntario, se puede afirmar, es el más complejo de los fenómenos psíquicos: porque presupone la

colaboración del *mundo intelectual* con imágenes, representaciones, ideas y conceptos; — y del *mundo de los sentimientos* con estados de ánimo de carácter afectivo.

Sin la colaboración estrecha y efectiva, de todos estos elementos psíquicos, sobre todo de la *parte afectiva*, los actos voluntarios no podrían cumplirse.

La capacidad de *querer* —de *desear*— está subordinada a la capacidad de pensar y de sentir. Por otra parte, como lo recuerdan Tanzi y Luggaro, el pensamiento sería inútil, el dolor estéril, el placer imposible de volverlo a vivir, de reconquistarlo, si no nos ayudaran actuando en el campo de la voluntad.

TEORÍAS QUE EXPLICAN LA VOLUNTAD

Alogenéticas que hacen intervenir { Intelectual
Afectivo

Serían *negativas*, porque desconocen la intervención de un elemento específico que represente la voluntad (Ribot - Radecki).

Idiogenéticas { Postulan la existencia de una vivencia psíquica específica.

Serían *positivas*, porque hablan de algo *sui generis* que constituiría la voluntad (Ach).

Los actos voluntarios se cumplen de acuerdo con un *deseo no perturbado* y plenamente conforme con nuestro carácter; o más a menudo al contrario, después de una lucha laboriosa en la cual los *deseos* se comparan, se analizan, se contraponen, — y donde prevalece el más fuerte, el que más *tonalizado afectivamente*.

Actuamos contestando a un *estímulo presente* o a un juego de *estados representativos*.

Nosotros creemos que actuamos eligiendo entre varias posibilidades que, desde el punto de vista afectivo — *nos son indiferentes* — por una iniciativa *autónoma e incondicionada* de nuestra voluntad. Y esta creencia nos satisface y nos hace sentirnos orgullosos de nuestra condición de hombres y de hombres libres. Pero desgraciadamente esto no es más que una creencia — mera ficción.

El análisis minucioso e imparcial de los hechos no confirma esta manera de pensar. Por el contrario, la *causación determinista* aparece condicionando hasta los actos al parecer más libres y espontáneos. Uno de los grandes méritos de la Psico-análisis de Freud consiste precisamente, en haber demostrado el determinismo causal que nuestro mundo sub-conciente reconoce — y la influencia que este mundo sub-conciente ejerce sobre el mundo conciente. Demás está decir que nos declaramos francamente deterministas.

Y dentro de nuestro mundo conciente — nosotros no podemos hacer otra cosa que *reaccionar* obedeciendo al *deseo preponderante*, — a la parte afectiva que nos tiene prisioneros entre sus delicadas mallas — en el grado que nuestra inteligencia nos sugiere como el más oportuno.

La dirección de la voluntad, está estrechamente vinculada a la *Constitución* del organismo (tipos constitucionales de Kretschmer: leptosómico y pícnico) 1° Citoarquitectura cerebral y funcionamiento endocrino; 2° Por el acontecer de los hechos que acondicionan nuestra vida.

De estas dos condiciones depende el juego — más o menos armónico — de los sentimientos (deseos) y de los pensamientos (previsiones) que darán origen a los actos voluntarios.

Objetivamente las manifestaciones de la voluntad — no difieren por ningún requisito fundamental de todas las otras reacciones — comprendidos los mismos actos reflejos e instintivos — pues como se recordará — desde el punto de vista biológico — son todos centrífugos.

El acto voluntario, como hemos dicho, es el más

complejo de todos —su misma complejidad lo hace extremadamente variable— y en consecuencia muy poco previsible.

El análisis del aspecto subjetivo del acto voluntario — define su configuración y aclara su mecanismo.

Sin embargo, no alcanza a quitarle al acto voluntario, como lo recuerdan Tanzi y Luggaro, aquella “fatalidad mecánica de determinación que es propia de todos los fenómenos — en el mundo orgánico como en el inorgánico”.

El análisis psicológico descompone el acto voluntario en sus elementos psíquicos: sensitivos, mnemónicos, ideativos y afectivos y podría llegar a hacer pensar que la voluntad existe como algo autónomo. Pero, como tendremos oportunidad de demostrarlo, esto no es así.

Todos estos factores —que contribuyen, en forma indudable a estructurar la voluntad— considerados uno por uno —aisladamente— no son todavía la voluntad. Por otra parte —en la concurrencia de los motivos en lucha— no hay nada *subjetivo* que se pueda decir *específico de la voluntad*.

La indecisión entre motivos contrarios determina un *estado de tensión* — que es en el fondo —como los emocionales— una reminiscencia de la *sensibilidad somática*. Lo mismo se puede decir de la *tensión que precede al pasaje de la deliberación al acto* —como ocurre también con el profundo alivio que se experimenta cuando se *resuelve algo*— con la ejecución o la no ejecución. Este *alivio tensional* que se experimenta —se lo vive— hasta un poco más allá de *cumplido* o no *cumplido* el acto.

Freud inventó el término *abreacción* — que más adelante explicaremos y que conviene muy bien para calificar al *deseo* — al *anhelo* satisfecho.

De ahí debemos concluir en forma de ley, que la *emisión de un juicio es siempre agradable* — hasta cuando se trata de *juicios desagradables*, — por el grado de certeza que creemos alcanzar cuando lo formulamos; — y por la dificultad —acto de heroísmo— que atribuimos a la propia emisión. Implícita está la *conciencia de vic-*

toria — ley que fundamenta la evolución de las ciencias y de las artes.

La certeza que alcanzamos nos satisface. No tiene su expresión verbal las más de las veces —pero la vivimos en la intimidad de nuestra propia conciencia.

A medida que representamos al amigo con mayores detalles — tenemos la convicción de que está más cerca nuestro. Esto es la génesis de la *alucinación*, — que en un trabajo que presentamos con los Prof. Bosch y Mouchet — sostuvimos que era un trastorno de la *imaginación*.

Los alucinados en éxtasis —con enorme riqueza de elementos discriminados— llegan a afirmar la existencia de la representación que ocupó el foco de su conciencia y luego llegan hasta la “percepción inmediata” — es decir, la *alucinación*.

De ahí la definición clásica de Esquirol y de Ball “la alucinación es una percepción sin objeto” — lo que nosotros, como ya dijimos, creemos es un error — pues la alucinación depende de un trastorno de la imaginación. George Dumas nos ha dicho recientemente, que estos procesos serían simplemente *pseudo-alucinaciones*.

La representación con foco muy concentrado, lleva a la satisfacción alucinatoria de los *deseos*.

Todavía se podría argumentar que la *voluntad* adquiere autonomía del lado subjetivo como *complejo psíquico* —que no está contenido en ninguno de sus elementos— pero resulta de una adecuada combinación de estos elementos.

La *voluntad conquista autonomía* como *proceso fisiológico* porque se cumple con el concurso de *órganos propios*.

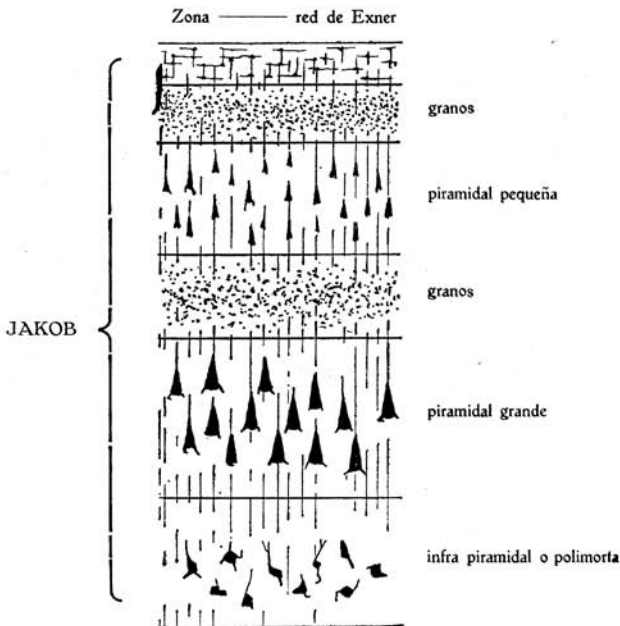
Existe un instrumento cerebral de la voluntad y que funciona objetivamente: es el órgano ejecutivo propio de la voluntad, — es la zona motora de la corteza cerebral (cuarta frontal o pre-rolándica)— es la corteza cerebral motora distinta de la corteza de las zonas gnósicas y prácticas.

Existe también una cierta hegemonía del hemisferio

cerebral izquierdo para la estructuración de los actos voluntarios más complejos y delicados. La ejecución de los actos es una función psicomotora, —cuyas imágenes representativas se forman *unilateralmente* en el hemisferio izquierdo— es decir es una función especializada del hemisferio izquierdo.

La *eupraxia* —para la fonación de la palabra— es una localización que asienta de preferencia en este hemisferio— para los destromanos con la intervención regu-

ESQUEMA CORTEZA CEREBRAL



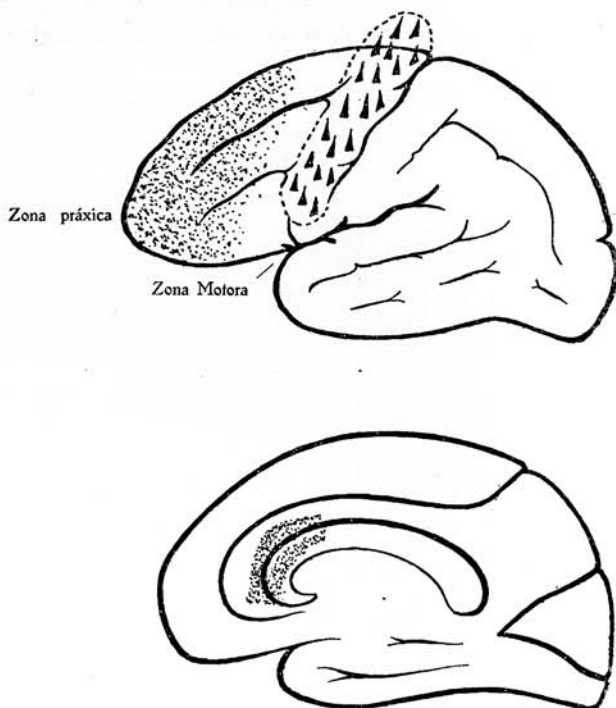
ladora de la función *cerebelosa* que proporciona la fórmula *kinética* de los movimientos especializados.

La lesión del hemisferio izquierdo es la causa principal de la apraxia.

La apraxia unilateral izquierda está acondicionada por lesiones del hemisferio izquierdo y de las fibras del cuerpo calloso.

El hemisferio cerebral izquierdo actúa sobre el dere-

cho, y hace que éste rija en forma subordinada los movimientos cruzados del brazo izquierdo —en cuanto estos movimientos son *movimientos especializados*. Esta influencia se ejercita por medio de fibras del cuerpo calloso. Cuando hay una lesión de las fibras — de la parte anterior del cuerpo calloso— se tiene la *apraxia unilateral*



izquierda, es decir que: “el brazo derecho, en cuanto es directamente inervado por el hemisferio izquierdo, actúa correctamente, —pero el brazo izquierdo— inervado por el hemisferio derecho no está paralítico —pero sí *apraxico*— porque el hemisferio que lo rige no recibe la influencia *eupraxica* del hemisferio cerebral izquierdo. La influencia del hemisferio izquierdo no llega sobre el hemisferio derecho por interrupción de las fibras del cuerpo

calloso —y el brazo izquierdo con la *apraxia unilateral*— ya no es capaz de ejecutar acciones voluntarias especializadas y sólo reacciona a los impulsos voluntarios con movimientos incoordinados, desmedidos e inadecuados al fin.

En otro orden de ideas —puede ser un ejemplo altamente ilustrativo el perro decerebrado de Goltz, en donde la función de la extremidad del tren anterior muestra disociada la función de pata, como sostén, de la de mano, como instrumento capaz de ejecutar movimientos delicados.

No hay acción sin sentimiento. La dependencia de la *voluntad* con respecto a los sentimientos adecuados, se demuestra por la evidente correspondencia entre la intensidad de la *vida emocional* y la *actividad voluntaria*.

La actividad emocional está estrechamente ligada a la innervación visceral y a la del cuerpo en general.

A este respecto, el Prof. Dr. José Ingenieros, sutil e ingenioso observador, nos trae un recuerdo y una sabia página de enseñanza en su libro "Hacia una Moral sin Dogma", pág. 111, al hablarnos de *optimismo* y *perfectibilidad*.

"Creo necesario expresar una impresión personal sobre el optimismo de Emerson. Cuando por primera vez visité la universidad de Harvard, en compañía del naturalista argentino Cristóbal Hickens, accedió éste gentilmente a mi deseo de comenzar por el Departamento de Filosofía, cuyo nombre, Emerson Hall, duplicaba mi interés.

Dos metros de nieve habían caído aquella mañana de enero y continuaba la nevisca encapotando el cielo; en la penumbra del amplio vestíbulo divisamos la estatua del eticista y fuimos instintivamente hacia ella. Hubo un minuto de contemplación muda.

—Era un roble. Exclamó el botánico.

—Por eso fué optimista, comenté con mi experiencia de psicólogo. En mi libreta de viaje consigné la anécdota: *es una explicación psicológica del optimismo. Tal vez la más importante*. Los hombres sanos de cuerpo y de mente son generalmente optimistas y afirmativos; los enfermos

y los desequilibrados suelen ser pesimistas y escépticos. La verdad es bondad, tolerancia, firmeza, simpatía, solidaridad, admiración. Los temperamentos equilibrados ignoran la maldad, la persecución, la inconstancia, el odio, el egoísmo, la envidia. *Emerson tuvo la moral que correspondía a su salud y a su equilibrio, sus ideales fueron la resonancia armónica de una hermosa naturaleza en un organismo ejemplar*".

Todos nuestros sentimientos —hasta los más elevados— deberán adquirir fuerza —a través de ese bajo y ciego circuito somático— que fundamenta nuestra vida emocional.

La voluntad tiene necesidad de ser sostenida por una pasión —por una dirección constante de tono sentimental— por un orden superior de preferencia de carácter afectivo. Y si la capacidad de reacción —en el dominio del sistema nervioso simpático languidece, como ocurre muy a menudo en la edad involutiva— la vida afectiva se apaga y se simplifica. El incentivo de la pasión cesa y como dicen Tansi y Luggaro, los ideales pierden su poder fascinador. La voluntad se debilita, y el silencio de la actividad psíquica sólo es interrumpido por el trabajo siempre vigilante de los instintos fundamentales, o para mejor decir, sólo por los impulsos de conservación.

Los actos de voluntad están determinados —las más de las veces— por razones lógicas, por afectos ligados a dichas razones y por la tonalidad fundamental del sistema nervioso vegetativo.

En igualdad de condiciones, —de antecedentes lógicos— la determinación voluntaria puede resultar diferente, distinta, según el *humor* que predomine. Y como más adelante veremos, la *variabilidad del humor* da lugar a incoherencia en la conducta.

Cada emoción deja un rastro —una impresión afectiva— una orientación más o menos decisiva —más o menos duradera del *humor*— que no desaparece con la facilidad y la rapidez que son características de las representaciones y de los hechos intelectuales en general.

Lo afectivo, como ya hemos visto, determina siempre

reacción global, de ahí que las impresiones sean más duraderas y actúen trabajando sobre el humor.

En consecuencia, del *humor* depende la *voluntad* y la *voluntad* hace la *conducta*.

Muchos hombres, como lo recuerdan Tanzi y Lugaro, "abreaccionan" —apagan sin quererlo entre las paredes domésticas, la irritación acumulada en los actos de la vida pública— y muchos otros llevan a la *oficina* las amarguras de su vida íntima.

Los que sufren injusticias llegan a su vez, fácilmente a ser injustos, por una tendencia incoercible a generalizar el propio sentimiento.

Y por el contrario —quien tiene razón de estar contento— es llevado por un optimismo y una indulgencia irreflexiva —no siempre apropiada a las circunstancias— a ser benévolo.

Dicen los autores italianos que "esta influencia del humor y de la vida afectiva llevados sobre la motivación de los actos —influencia que es debida al ciego mecanismo somático de las emociones— basta para explicar los hechos de *conversión* que Freud pone como base de su doctrina.

A esta influencia de la *tensión afectiva* sobre la *conducta*, se pueden reducir otros fenómenos, sobre todo los de la *sublimación*.

Los deseos sexuales —por su importuna indiscreción— reclaman a menudo los beneficios de la *conversión* —la reducción a otro denominador— la transformación de su *tensión afectiva* a una situación nueva o diversa.

Deseos y necesidades empujan a la *voluntad* a actuar —aguzan el ingenio— ponen en movimiento la imaginación y llevan a un rendimiento mayor todas las formas de la actividad psíquica.

Si nuestros deseos fuesen siempre satisfechos —en forma fácil— la *voluntad* no tendría ninguna ocasión de ejercitarse y no llegaría a templarse, a educarse.

Se sabe a qué decadencia moral se llega —si se ha nacido en un ambiente privado de todo obstáculo, de todo

inconveniente, sin lucha para subsistir— y demasiado favorecido por la fortuna.

La depresión de la voluntad y su disolución y relajamiento —como lo veremos— se debe al descenso de la tonalidad afectiva. Y la anulación de la vida afectiva lleva al aniquilamiento de la voluntad.

SEGUNDA CLASE

SUMARIO

1. *Tendencia* — que nace en el campo afectivo: “inclinación inemotiva”, es la parte integrante del sentimiento (dinamógena).
Ley de acrecentamiento relativo de la felicidad.
La afectividad —emoción— transforma la tendencia en *deseo*. La emoción como desorden *unipolar* es factor de evolución.
2. *Deseo* — es la tendencia más el objeto del querer.
El objeto del querer implica la representación intelectual del fin.
3. *Deliberación* — significa valoración. Valor: sentimiento intelectual.
 - a) Encierra el *sentimiento* contenido en la representación intelectual de sus consecuencias;
 - b) y su *contenido intelectual* — representado — es lo que nos indica que en un porvenir más o menos cercano — va a contribuir a aumentar nuestra felicidad.
Psicológicamente todos los *valores* son egoístas.
Juicio de valores: lo que las cosas valen — el concepto que nos merecen en cuanto a *estimación*.
4. *Decisión* — *volición* — proceso judicativo.
Juicio de valores: tendencia de valorización y de realización.
Si prevalecen juicios positivos: *hacer*: dinamógenos.
Si prevalecen juicios negativos: *no hacer*: inhibitorios.
5. *Dinamogenia e inhibición*: experimentación sobre el conejo.

Ley de Vierdot: el movimiento es característico de la animalidad y la inhibición refleja superioridad mental.

Ley: Todo centro nervioso ejerce sobre el inmediato inferior — una función de freno — de inhibición.

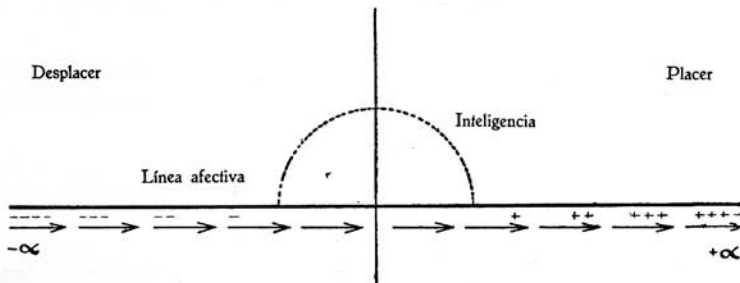
Inhibición psicológica, necesita: 1° tiempo; 2° afectividad; y 3° depresión.

6. *Tendencia de realización* — ejecución: sólo se apacigua con la “abreacción” del acto.

El estudio histórico —genético— realizado en forma descriptiva, del acto voluntario, del proceso de autodeterminación, nos enseña que las “determinaciones reflexivas” nacen en el campo afectivo.

La volición nace en el campo afectivo, como una necesidad de descarga afectiva, bajo forma de tendencia que, al decir de Pfänder es “ciega en sí misma”. Las tendencias afectivas “inherentes a los sentimientos de placer y desplacer, no tienen en el momento de su origen la clara noción de su finalidad”. (Pfänder).

La tendencia es la parte integrante del sentimiento,



bajo forma dinamogénica. Es el sentimiento que tiende a transformarse en acción.

Tiene dirección biológica —de lo desagradable a lo agradable— pero no tiene dirección consciente.

Al *gran placer* acompaña una tendencia de realización muy fuerte. Al *poco placer*, una tendencia más débil.

La tendencia se puede comparar a la inclinación inemotiva de Revault D'Allonnes.

Las inclinaciones inemotivas son "sistemas vivientes de nuestro mundo interior, con dirección constante y con objetivo establecido".

Nosotros nos permitimos encontrar la explicación científica y la determinante físico-química y fisiológica, de esos "sistemas vivientes" que Revault D'Allonnes propuso llamar "emociones-iclinaciones", en el substrato anatómo-fisiológico simpácticotónico y vagotónico, y en la acción conjunta de las glándulas vagotrópicas y simpaticotrópicas.

No hay sentimientos satisfechos, pues siempre se tiene tendencia a aumentarlos.

Ehrenfels comprobó que el fin de la tendencia no siempre es absolutamente agradable y que en muchos casos, ella acusa apenas, menos desagrado de lo que es el estado actual en cuyo fondo nace la tendencia, y formuló la *dirección de las tendencias* en la llamada ley del "acrecimiento relativo de la felicidad".

Cada estado afectivo, nunca tiene carácter de satisfacción, por el contrario, tiene su *querer* prolongarse en el tiempo; aspira siempre marchar de lo menos agradable a lo más agradable.

Está acondicionado por lo que se ha convenido en llamar ley de "acrecimiento o acrecentamiento relativo de la felicidad".

La *tendencia* (de Pfänder) afectiva-volitiva o la inclinación inemotiva (de Revault D'Allonnes) evoluciona en el sentido de transformarse en *deseo*.

Pero esta evolución es la afectividad quien la determina. Ya hemos visto que la *tendencia* nace en el campo afectivo y que es la afectividad quien la transforma en *deseo*.

La *emoción* como desorden debe concebirse como *unipolar*, —proceso que es *global*, como sabemos y que provoca autodefensa— y esta autodefensa se pone en evidencia objetivamente, entre otros medios, sobre todo, por el Reflejo Psico Galvánico.

La reacción eléctrica, frente al mismo estímulo, cada vez es menor, hasta anularse: abreaccionarse.

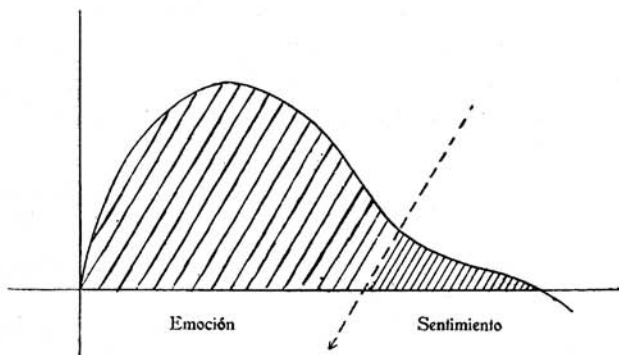
PROCESO DE AUTODEFENSA

I	II	III	IV
Excitante	Reacción afectiva Global (placer desplacer)	Cada vez reacción menor — reacción amortiguada.	Abreacción (térmi- no inventado por Freud).

Todo con fuerte carga emotiva.

Primero se abreacciona la parte emotiva —es decir la emoción— y luego el sentimiento.

Se dice que un sentimiento ha sido *abreaccionado*



cuando la parte *emotiva excedente* ha sido anulada —sólo queda entonces lo sentimental— lo que a su vez se nivela hasta alcanzar el cero (0) de la línea afectiva.

Hay casi un social y colectivo desprecio para la vida afectiva.

Para el común de las gentes —cuando se habla de *argumentos sentimentales*— se cree invocar signos de inferioridad.

Sin embargo, las cosas ocurren muy de otra manera. “Diletantti” en la historia de la cultura y de la ciencia

en particular, fueron desde Descartes a Pasteur, a través de Mayer, Helmholtz y Mendel.

Sin afectividad no hay elección de caminos, y en consecuencia no se despierta ni se consigue que se aplique la *atención espontánea*.

Llamamos sentimiento a la conciencia global de aumento y disminución orgánica. Y denominamos emoción a la conciencia de la perturbación del ritmo global con autodefensa.

La emoción siempre resulta perturbadora y esto se exagera en calidad y cantidad, en la "constitución emotiva" de Duprè.

Según creencia vulgar, el exceso de emocionabilidad sería signo, estigma, de inferioridad.

Waclao Radecki cree lo contrario: la perturbación emotiva que en su grado óptimo provoca autodefensa, conduce a buscar nuevas formas de equilibrio.

El organismo no se limita a defenderse —siempre reacciona con un poco más— sobrepasando el cero (0) de la línea afectiva; ej.: la cicatriz, que sigue a la herida, representa una especie de escudo protector.

Así concebida la *emoción* —la vida afectiva en general— constituye un factor ponderable de evolución al hacer que se alcancen nuevas formas de equilibrio orgánico o social.

Llamamos complejo afectivo a un *dominio intelectual* al cual reaccionamos afectivamente. Es una dirección intelectual (representativa y *parcial*) a la cual el sujeto está afectivamente sensibilizado; ej.: así podemos hablar de *complejo* de psicología para el psicólogo, —de música para el músico— de filosofía para el filósofo, etc.

Es decir —en otras palabras— que el sujeto, —que cada uno de nosotros, es *sensible* en grado sumo— está *sensibilizado* para un grupo representativo determinado.

Precisamente la labor de la psico-análisis ha consistido sobre todo en buscar estos *complejos afectivos* y enseñar la manera de *abreccionarlos*.

Cada uno de nosotros transforma la *tendencia* en

deseo —conforme a su sensibilidad especial— a su especificidad afectiva e intelectual.

El *deseo* es la tendencia más el *objeto del querer*. El objeto del querer implica la representación intelectual del fin.

El hombre piensa sin mayor esfuerzo —con agrado— lo que le interesa —como fuente de sentimiento— capaz de proporcionarle emoción.

Los sentimientos predeterminan la corriente de la conciencia.

Dos eventualidades pueden ocurrir: 1° interés inmediato → sentimiento. Entonces la atención espontánea polariza los estados de conciencia; y 2°, no hay fuente sentimental o emotiva: se sigue el camino de menor resistencia; el *hábito*, la *costumbre*, predominan.

El hombre sólo puede hacer lo que antes fué capaz de representar. Si no somos capaces de *representar mentalmente* nuestras acciones futuras, no podremos actuar y todo lo que representamos, los *vivimos afectivamente*. Cuando representamos minuciosamente, con lujo de detalles, estamos más cerca de lo que representamos; ej.: el amigo, París o Berlín. Como dice el proverbio árabe, si somos capaces de desear y de representarlos intensamente y con abundancia de detalles, una yunta de caballos de oro, podemos hacer de cuenta que ya tenemos las riendas en la mano.

La deliberación implica la valoración de los fines del deseo; es decir el acto de avaluar o valorar.

La psicología clásica establecía, en esta etapa de la estructuración del acto volitivo, la intervención de *motivos* de carácter intelectual y de *móviles* de carácter afectivo.

Hoy día la psicología científica ha superado esta posición y reconoce que en esta etapa lo que se compara son los *criterios directrices* de carácter económico, estético, ético, religioso, educacional, político, etc., con la escala de *valores* organizados y aceptados en función de la experiencia.

Se puede afirmar, sin temor de exagerar, que cada hombre se caracteriza por los *valores* que emplea.

Un *valor*, como la axiología enseña, es un *sentimiento intelectualizado*.

Los sentimientos no pueden ser representados directamente. Sólo representamos los objetos que determinan los sentimientos. No hay parte representativa de los sentimientos.

Los valores como "sentimientos intelectualizados", se organizan en función de la experiencia: 1° desagradable y 2°, agradable.

El *valor* como sentimiento intelectualizado contiene: a) la representación del contenido intelectual en sus consecuencias; b) encierra el sentimiento correspondiente; c) y este contenido intelectual —representado— nos indica que nos va a conducir más o menos pronto a aumentar nuestra felicidad.

Teodoro Lipps sostiene que desde el punto de vista psicológico —no hay valores sino egoístas— es decir personalmente experimentados, y que personalmente nos van a proporcionar placer.

Hasta el *altruísmo* es efecto de una organización de sensibilidad afectiva, la que hace que un ser determinado sea capaz de sentir felicidad por su propio sacrificio.

De donde resulta que para los psicólogos —los valores en sí casi no existen— siempre adquieren categoría en relación a una persona. Son valores para mí, pero pueden no serlos para otros.

Estos valores *regularizan* la actividad de los hombres y rigen su conducta.

Un ejemplo a este respecto lo constituye el código penal, que lo podemos considerar como un conjunto de valores negativos y punitivos, en relación con el comportamiento de los hombres.

El *valor* es tan *tendenciógeno* como el sentimiento mismo.

En esta tercera etapa se complementan: la afectividad que origina la tendencia y el valor que constituye a su vez una tendencia.

La *decisión* o *volición* o resolución implica siempre

un juicio—resultado de un proceso judicial. Se toma en pocos segundos —o hasta en fracciones de segundos— porque ya existe una escala de valores elaborados con anticipación.

Se llama *juicios de valores* —aquellos que tienen por objeto decidir lo que las cosas valen para una persona— o como corrientemente se dice, el concepto que nos merecen en cuanto a estimación.

Las *realidades* que contiene —o a que se refiere estos juicios (proceso judicial)— reciben el nombre de *valores*.

Algunos autores han negado todo fundamento a esta distinción, y sostienen que el *valor* es algo constitutivo de la cosa a la cual es atribuído —o el efecto que ella produce en el sujeto consciente— debido a sus propias cualidades intrínsecas.

Ese *efecto* se produciría para unos en el “tipo medio de individuos”, y para otros en la sociedad.

Según Durkheim, el juicio de valor tiene por objeto relacionar las cosas con los ideales colectivos, siendo la función de juzgar, única.

Los principales fenómenos sociales, religiosos, morales, económicos, estéticos, son sistemas de valores que al ser pensados con anticipación (previamente pensados) nos permiten decidir nuestra conducta rápidamente.

Con la *decisión* (*Fiat*), con la *volición*, nace nueva tendencia de valorización y de realización.

Cuando prevalecen juicios positivos, nos sentimos empujados a *hacer*; prevalecen los procesos dinamogénicos. Cuando dominan los juicios negativos, nos sentimos inclinados a no *hacer*; los mecanismos inhibitorios nos gobiernan.

Dinamogenia e inhibición:

La evolución ascendente nos lleva del estímulo sensorial a la idea abstracta.

El acto reflejo es la tendencia al movimiento en

forma irresistible. El arco reflejo, en cambio, que determina la idea abstracta, encierra una tendencia al movimiento en grado mínimo.

La ley de Vierdot nos dice que el movimiento es signo de animalidad, de inmadurez; en cambio, el freno, la inhibición, — de inteligencia, de superioridad mental.

Ejemplo elocuente a este respecto podría ser el "Pensador" de Rodin, el "Hombre puntiforme" de García Morente, que es todo quietud, replegamiento sobre sí mismo, polarización dinámica del estado de conciencia focalizado.

La transición de una forma a la otra es insensible, pero los extremos de la serie son irreductibles.

El acto voluntario —es acto consciente— con conciencia anticipada; más o menos deliberado —proyectándose en el *Tiempo* y en el *Espacio*— teniendo en cuenta un fin próximo o lejano.

La voluntad, además de empujarnos a hacer algo, tiene un poder de *suspensión* —o hablando el lenguaje de la fisiología— un poder de *inhibición*.

Para la psicología, fundada sólo en la observación interna —en la Introspección— esta distinción entre hacer o permitir hacer y no hacer o impedir actuar, tiene poca importancia. Lo mismo da resolver que se haga algo o que no se haga algo. Pero para la psicología científica, que solicita del mecanismo fisiológico alguna ilustración sobre las operaciones del espíritu y que toma la acción refleja (Acto o Arco reflejo) como tipo de toda actividad, esta última distinción es de capital importancia. Y si admitimos, con todos los fisiólogos contemporáneos, que el reflejo es el arquetipo y la base de toda acción; y si colocándonos en un terreno estrictamente científico no entramos a preguntar por qué un estado de conciencia se transforma en movimiento —puesto que ésta es la ley—, preciso será explicar por qué no se transforma. Por qué se produce la Inhibición.

El ejemplo más sencillo en el terreno puramente fisiológico, es la detención del corazón por la excitación eléctrica del neumogástrico. La experiencia la hemos pre-

sentado en clase y los gráficos que publicamos son demostraciones altamente elocuentes del proceso observado.

La inhibición la concebimos como resultado de un *proceso de interferencia*. Y recordamos el fenómeno de la *Diasquisis* —inhibición a distancia— concepto que lo debemos al suizo Von Mohakow y que explica la supresión de una función interrumpiendo una de las corrientes que la originan. La función se altera hasta cuando sólo uno de los componentes es atacado.

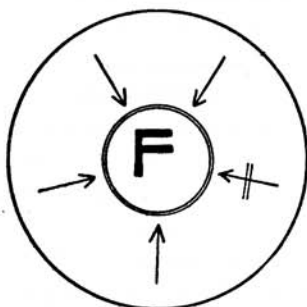


Gráfico de Inhibición

Esquema perteneciente al Prof. Dr. Vicente Dimitri. La flecha rayada representa la lesión que ataca a uno de los componentes de la función y que repercute sobre la función misma, inhibiéndola.

Diasquisis, significa de acuerdo con el concepto de Von Monakow, antes recordado, inhibición funcional a distancia; ej.: cualquier lesión en la zona del lenguaje repercute sobre la totalidad de la función dependiente de esta zona y sobre todas las funciones y las zonas a las cuales está funcionalmente unida.

Sobre este concepto de *inhibición a distancia*, Head funda su moderna teoría de la afasia.

Otros ejemplos podríamos citar: 1°): la excitabilidad refleja de la médula aumenta cuando se la substraee a la acción del cerebro; los animales decapitados —o excerebrados— como ustedes vieron con la rana y la paloma, dan prueba de ello:

2°): Los reflejos son más intensos durante el sueño que en estado de vigilia.

Todo esto se puede concretar en una ley que dice: Todo centro nervioso ejerce sobre el inmediato inferior, una función de freno, de inhibición.

Ahora bien, esos son los *hechos* que la fisiología proporciona. Ahí están las bases anátomo-fisiológicas de los procesos inhibitorios voluntarios.

La Psicología analítica y descriptiva nos enseña que en toda suspensión voluntaria intervienen dos elementos: a) el mecanismo fisiológico que la produce, y b) el estado de conciencia que la acompaña.

Dejamos de lado, porque no interesan mayormente, los casos en que la incitación voluntaria cesa por sí misma: ej.: cuando cerramos el libro que nos aburre, o cuando contenemos voluntariamente la risa, el bostezo, la tos, algunos movimientos apasionados, etc.

Los otros casos en que no sabemos cómo la suspensión se produce, son los que vamos a estudiar. La Psicología científica, a este respecto, nos puede enseñar algo.

Tratemos de analizar el ejemplo corriente, de un acceso de cólera dominado por la voluntad.

Pocos hombres son siempre dueños de sí mismos; los hay, como hemos recordado, que *abreaccionan* en la oficina los disgustos domésticos y en la casa los sinsabores de la vida pública.

Pero admitamos que la cólera haya sido dominada y analicemos: para que este hecho se produzca es indispensable una primera condición: el tiempo.

La ley del tiempo condiciona todos los fenómenos de la psique. Si la excitación es tan violenta que pasa inmediatamente al acto, todo está concluído. Todo lo que se haga después es inútil, ya es demasiado tarde. En cambio, si se llena la condición del *tiempo*, si el estado de conciencia suscita estados antagónicos y si éstos son suficientemente estables, la suspensión, la inhibición, puede tener lugar.

El nuevo estado de conciencia tiende a suprimir el anterior, y, debilitando la causa, suprime el efecto.

Una vez constituídos los estados de conciencia, resultan centros de actividad antagónicos, y la energía nerviosa que los origina tiende a anularse. Pero todavía esta situación —como lo hace notar Ribot— no es capaz de hacer producir el “yo no quiero”, determinante de la suspensión voluntaria. Para que ello ocurra hace falta otra condición de la mayor importancia: el elemento *afectivo*.

Vale la pena destacar el hecho; así como lo afectivo era condición “*sine qua non*” para *hacer*, es también elemento indispensable para *no hacer*.

Los sentimientos no son todos estimulantes para la acción. Muchos tienen un carácter deprimente. El terror puede considerarse como el tipo extremo de éstos; en su más alto grado anonada.

Podemos citar el ejemplo de un hombre bruscamente impresionado por un gran dolor. Se nos presenta como incapaz de toda acción voluntaria o refleja con un estado de: a) anemia cerebral; b) parálisis del corazón, llegando a veces hasta la muerte por síncope; c) sudor con enfriamiento de la piel; d) relajamiento de esfínteres, todo lo cual indica que la excitabilidad de los centros musculares, vaso motores y secretores se ha suspendido momentáneamente.

Tal caso extremo —de exprofeso elegido— nos muestra con gran aumento, en forma elocuente, lo que ocurre corrientemente.

Por debajo de esta situación, tenemos todos los casos posibles, con todos los matices de depresión.

Todos los sentimientos, dice Ribot, que producen una suspensión, —temor o respeto a las personas, a las leyes, a las cosas, a Dios— han sido en su origen, y continúan siendo siempre, *estados deprimentes*, que tienden a disminuir la acción.

Cuando falta esa suspensión, cuando no hay freno —inhibición— el acto es inmediato; ejemplo de ello es lo que ocurre en el niño, en el salvaje, en el hombre mal educado.

La obra de la educación consiste precisamente en

suscitar esos estados antagónicos, que se atraen por asociación: producido el uno, el otro también se hace presente.

Gustavo Le Bon nos dijo que educar es alojar en la subconciencia lo que hemos aprendido, habiéndolo recibido por vía conciente y focal.

El acto voluntario culmina con la tendencia de realización, de ejecución. La conciencia de la tendencia significa la lucha con el obstáculo.

La conciencia del esfuerzo la proporciona el deseo de hacer o de no hacer y la conciencia de la tensión psicológica significa la tendencia bien sentida para armonizarla con las sensaciones de acomodación, para la realización del acto.

La tendencia de realización, sólo se apacigua, sólo se *abreacciona*, por la propia acción. Con la voluntad fuerte prevalece la tendencia que proviene de la decisión característica del hombre y con la voluntad débil, fácilmente sugestionable, la indecisión de la mujer.

Th. Ribot sintetiza su concepto sobre la volición diciendo que es un estado de conciencia final que resulta de la coordinación más o menos compleja, de estados concientes, subconcientes e inconcientes (fisiológicos) que todos reunidos se traducen en una acción o en una suspensión.

Ya hemos estudiado cómo los estados afectivos predeterminan las corrientes de la conciencia y cómo nuestro mecanismo subconciente, tan bien analizado por Freud, establece la causalidad dentro de nuestro mundo conciente, dentro de nuestro Yo.

El proceso psicofisiológico de la *tendencia de realización* termina, por una parte, con un superestado de conciencia: la volición y, por otra, con un conjunto de movimientos (dinamogenia) o de suspensiones (inhibición).

El yo *quiero* denota una situación, pero no la constituye.

Ribot lo compara con el veredicto de un jurado, que puede ser resultado de una instrucción criminal muy larga, de detalles muy apasionados, que será seguido de

consecuencias graves que podrán extenderse a un largo porvenir, pero que es un efecto, sin ser una causa, no siendo en derecho más que una simple afirmación. Y nosotros agregaríamos que en Psicología el *yo quiero* no constituye más que un factor, de los varios que deben concurrir, mancomunarse, para determinar la acción o la falta de acción en forma deliberada.

Si hacemos de la Voluntad una *facultad* —del tipo de las *facultades del alma*— una entidad metafísica— todo se vuelve obscuridad, dificultad, contradicción. Quedamos cogidos en la trampa de una cuestión mal planteada.

En cambio, si aceptamos los hechos como son, nos aligeramos, por lo menos, de las dificultades ficticias.

Aconseja Ribot que no hay que preguntarse cómo un *yo quiero* puede hacernos mover los brazos.

Es un misterio que no hay por qué esclarecer, puesto que no existe, puesto que la volición no es causa en ningún modo de ese fenómeno.

En la tendencia natural de los sentimientos y de las imágenes a traducirse en movimientos es donde debe buscarse el secreto de los actos producidos.

No debemos encontrar en el acto voluntario más que un caso —sumamente complicado si se quiere— pero un caso al fin, de la ley de los reflejos.

Bergson nos ha dicho en “Materia y Memoria” que entre las reacciones reflejas y la percepción no hay sino diferencias de grados.

En el acto voluntario encontramos entre el período de excitación y el período motor un hecho psíquico de importancia capital: la volición. Esta volición —proceso coordinar por excelencia— nos indica que el primer período acaba y que el segundo comienza.

Planteado así el problema de la voluntad, se explica sin dificultad el proceso de la autodeterminación, de las determinaciones reflexivas y sus consecuencias: es decir, el problema de esa enfermedad que se llama la *abulia*, y de esas simples debilidades de la voluntad — apenas morbosas— tan frecuentes, sin embargo, en las

gentes que dicen *querer* y *no poder* ejecutar —en los “divididos interiormente” —según el elegante decir de José Ingenieros—, nos referimos al problema de los psicasténicos.

En estos casos, el organismo individual, fuente dinámica de donde todo sale (la voluntad es un proceso centrífugo), tenía que producir dos efectos, y sólo produce uno: el estado de conciencia, la elección, la afirmación, el *yo quiero*, pero las tendencias motoras son demasiado débiles para traducirse en actos. Hay *coordinación* suficiente e *impulso* insuficiente.

En los actos irresistibles —no voluntarios— por el contrario, lo que se exagera es el *impulso*, y lo que falta, disminuye o casi no existe, es la *coordinación*.

La patología de la voluntad nos demostrará con Ribot dos hechos importantísimos:

1°) El *yo quiero* está en sí mismo desprovisto de toda eficacia para la acción;

2°) La voluntad en el hombre que razona es una coordinación sumamente compleja e inestable, frágil por su misma superioridad.

La voluntad es, al decir de Maudsler: “la fuerza “de orden más elevada que la naturaleza ha producido “hasta ahora, la última inflorescencia consumada de todas sus obras maravillosas”..

JOSE L. ALBERTI